



de exploración que incluyen la materialidad de los libros, el encuentro entre la Historia del Libro y las Bibliotecas con la Historia de la Lectura y la potencialidad de la disciplina para de-sarrollar estudios dentro de la micro-historia.

La segunda parte se aboca a descubrir las relaciones entre la política y las bibliotecas sugiriendo como ejemplo la creación de la Primera Biblioteca Pública que debería servir para la proyección y desarrollo de un marco teórico que permita avanzar en la investigación de la disciplina continuando con la tarea iniciada por autores como Paul Groussac, Ricardo Levene, José Torre Revello y María Ángeles Sabor Riera, entre otros.

La tercera parte aborda las prácticas bibliotecarias y lectoras indagando en recursos y fuentes habitualmente consideradas poco valiosas, como son los reglamentos, pero que se constituyen como “fieles representaciones de su época” al dejar al descubierto los modelos posibles de consulta, el uso público de los patrimonios culturales y sus formas de apropiación. Por último, una cuarta parte se dispone a observar las prácticas de lectura en relación con las de escritura, tomando en primer lugar el caso del diario personal llevado por Bartolomé Mitre, donde registra el recorrido como lector que signó su formación juvenil; y en segundo lugar, las representaciones de la lectura femenina en **Fray Mocho**, resaltando la presencia destacada que tenían las mujeres en las páginas de la revista popular como destinatarias del discurso editorial.

Buscando actualizar y continuar con una tradición de investigación bibliotecológica que remite a figuras como Pepita Sabor, recientemente fallecida, **El dédalo y su ovillo** de Alejandro Parada se propone reubicarla como un espacio de reflexión atravesado por lo social, lo político, lo histórico y lo cultural. Se trata pues de un libro que a la vez que “visualiza gran parte de la decadencia actual en la formación bibliotecaria, en la ausencia de una sólida formación histórica” (Romanos, 2012), apuesta fuertemente a incluir en los estudios historiográficos a la Bibliotecología, revelando una faceta menos pragmática y más sociológica de la disciplina, aspirando a inscribirla en los estudios culturales y a hacer visible la potencialidad de exploración en el cruce transversal con otras áreas que pueden ser consideradas sus pares.

Karina Jannello
(CeDInCI / UNSAM)

*A propósito de Felipe Pigna, **Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930**, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2011, 600 pp.*

El libro que firma Felipe Pigna da lo que promete: una entretenida compilación de historias de algunas mujeres (“las nuestras”) que se destacaron por su desobediencia, su incorrección, su rebeldía y su lucha en un marco que les era hostil. Para contarlas, el libro parte de algunas premisas sencillas: tanto la vertiente griega (Pandora) como la bíblica (Eva) han maltratado a la mujer. Al contrario, esta obra sostiene, con Charles Fourier, que “los progresos sociales y cambios de época se operan en proporción al progreso de las mujeres hacia la libertad”.

La crítica académica a este libro es tan merecida como predecible. Seguramente las y los especialistas tendrán muchas precisiones que hacer, algunas ausencias que señalar y varios matices que agregar en cada uno de los tramos. Sin embargo, esta reseña no pretende juzgarlo por lo que nunca prometió ser —un trabajo de rigurosa metodología historiográfica o una búsqueda crítica en su materia— sino apuntar algo breve sobre los efectos que produce gracias al aparato publicitario que lo impulsa y la celebridad del nombre que lo rubrica.

El volumen presenta sucesivas y apretadas síntesis de los contextos históricos que Pigna ya abordó en libros anteriores y luego, el resultado de la extenuante tarea de retomar, redigir y compilar (con su correspondiente cita) gran parte del enorme caudal de trabajo producido, desde hace ya varias décadas, en la historia de las mujeres y alrededores, con fuerte hincapié en tres referencias insoslayables: Lily Sosa de Newton, Dora Barrancos y la **Historia de las Mujeres** dirigida por Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini. Sin distinción, la narración se sirve tanto de trabajos académicos como de relatos novelados; de ellos se extraen, también, los jugosos fragmentos de cartas o comentarios personales de las protagonistas que hacen tan atractiva la lectura.

En ese sentido, el libro que firma Pigna no descubre una nueva clave de lectura, ni relee las historias ya contadas, ni sorprende con algún hallazgo documental, sino que reúne a las “notables”, aquellas que la historia de las mujeres fue complejizando (Mariquita Sánchez de Thompson) o redescubriendo (Aurelia Vélez) o sumando al canon de la literatura (Eduarda Mansilla) o reconstruyendo (“las lavanderas”). Se diría

una colección de *hits* en las que todas pierden el apellido y, luego de la primera mención de su nombre completo, se convierten en Merceditas, Encarnación o Juana quienes interactúan con Alberdi, Sarmiento o Rosas. Cada una de ellas protagoniza en pocas carillas, o incluso en un par de párrafos, una breve historia que la tiene por heroína bajo un título recurrente: “Que las hay, las hay”, “Seducidas y abandonadas”, “Mariquita reloaded” y así.

En varias ocasiones el narrador se despacha contra la inveterada masculinidad, la doble moral y el borramiento de la participación de las mujeres en la “historia oficial”; a la que, estampando su “marca Pigna”, acusa de pretendidamente seria y decididamente antipopular. La voz que relata estas historias no se priva, tampoco, de opinar o buscar una opinión consensuada con la lectora o el lector (en ese orden los apela el texto), en general, a partir de la condena o la indignación (¡Qué barbaridad lo que le hicieron a Camila!)

Más allá del efectismo en el que se solaza y de los vicios que repite es necesario observar cómo **Mujeres tenían que ser** logra intervenir con miles de ejemplares en un público muy amplio. Receptores que suelen escapar a la academia, y de los que ella más se aleja cuando desconoce o lapida este tipo de divulgación. Particularmente cuando rechaza la demanda de un mercado editorial que desde hace años encontró la veta comercial de estas historias, y que bien podría ser una oportunidad más que algo sospechado por su masividad o su supuesto simplismo. Lejos de esos pruritos, este libro tiene como efecto nada menor el de difundir cierta mirada progresista, condenatoria del machismo y respetuosa de los derechos de las mujeres. Incluso en alguna nota de promoción periodística, Pigna se despachó con una opinión rápida sobre el femicidio y la despenalización del aborto. Pero atención, al mismo tiempo, el gesto que ensalza a las mujeres trae aparejada una densa mirada moralista ya que, sin variación, ellas son presas de una ética que las salva para la historia en tanto “desobedientes”, “incorrectas”, “rebeldes” y “luchadoras”. De hecho, las elegidas parecen condenadas a la virtud y a un accionar que, por más rechazado que cosechaba en sus tiempos, es redimido por la historia como la acción correcta. Y, no sin cierta paradoja, devienen cautivas de su propia condición: “mujeres tenían que ser”. Así, en las geografías más disímiles y a través de los siglos ellas son, ante todo, mujeres y luego, casi por añadidura, escritoras o políticas, promotoras culturales o intelectuales. La insistencia en ese esencialismo reduccionista es el peor defecto que recorre el libro (del cual, es justo

decir, no está exenta parte de la historia de las mujeres). Acento que se refuerza con la dedicación a una mujer, su hermana, y la justificación de una obra que respondería al pedido explícito de sus lectoras: “¿para cuándo un libro dedicado a nuestras mujeres?”

En fin, el tema estaba en el aire, era título cantado para el primer puesto de ensayo de la temporada y pobló las playas locales a pesar de los contundentes setecientos veintidós gramos que agregaba al bolso de bañistas y bañistas. ¡Pigna tenía que ser!

Laura Fernández Cordero
(UBA-CeDInCI-CONICET)

A propósito de Gabriel Di Meglio, **Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1516 hasta 1880, Tomo I, Buenos Aires, Sudamericana, 2012, 480 pp.**

El reciente libro de Gabriel Di Meglio trasluce desde el título su propósito pero también deja entrever por lo menos dos elecciones o definiciones que el autor debió tomar para concretar una obra de estas características. En primer lugar la definición del sujeto a seguir históricamente: las clases populares. Un término que Di Meglio reconoce como “arbitrario y un poco impreciso”, con una vaguedad que, lejos de ser meramente negativa, le permite incorporar toda una serie de grupos populares (y de allí el plural: clases) que se caracterizan por su heterogeneidad. Ahora bien, ¿quiénes conformaban esos grupos? Entre las demarcaciones que señala el autor encontramos que en su gran mayoría no eran blancos, no contaban con respetabilidad social y se encontraban en una relación de subordinación con otras clases.

La segunda definición que presenta el título es el recorte del espacio y el tiempo. Se indica que el libro tratará sobre la Argentina entre 1516 y 1880. Sin embargo, tal como lo señala Di Meglio, en buena parte del tiempo que toma el libro la Argentina “no era ni siquiera un proyecto”. La proyección retrospectiva ha sido en este caso una decisión tomada desde el plan inicial de la obra, que pretendía abarcar hasta la actualidad con el aporte de Ezequiel Adamovsky (finalmente publicado como una segunda parte individual). Sin embargo, este mapa anacrónico no impidió a Di Meglio sumar otras regiones cuando era oportuno. Además, no parece menor señalar que el libro pretende llegar a un público amplio de manera tal que un título más ajustado a la realidad his-

tórica suponía seguramente un paso atrás a la hora de seducir a los futuros lectores.

El cuerpo del libro consta de siete capítulos divididos en dos partes tomando a la Revolución de Mayo como quiebre. El relato en general sigue un recorrido cronológico que se centra en las problemáticas específicas que condicionan la vida de las clases populares. Para ello, el autor recaba en los aportes de la historiografía que en las últimas dos décadas ha generado una infinidad de trabajos sobre regiones y tiempos específicos. Estos aportes son recopilados en un ensayo bibliográfico que cierra el libro y da cuenta de la trascendencia de los nuevos trabajos historiográficos que en buena medida hicieron posible la realización de la obra, impensable hace apenas tres décadas.

De todos modos, el libro se destaca al constituir un logrado intento de cubrir un espacio historiográfico de encrucijada en la medida que se propone la difusión de una serie de saberes académicos pero no por ello se resigna a perder la complejidad que suponen los textos de historiadores profesionales. Sin caer en los maniqueísmos tradicionales que configuran la trama de sentidos de los libros históricos más vendidos, Di Meglio busca llegar a un público amplio desde un relato que encuentra en su vivacidad uno de los mayores méritos en contraste con aquellos clásicos que versaban sobre “el pueblo” pero que finalmente terminaban tratando históricamente a dicho “pueblo” como una entelequia que tenía por intereses aquellos que el historiador atribuía o entendía oportunos. Di Meglio repone a los sujetos y grupos vivos, con sus problemáticas cotidianas, sus padecimientos y sus conflictos porque, claro está, no se trata de una historia de las clases populares que se agota en ellas mismas sino que estamos ante un relato que dimensiona el contexto en que dichas clases actúan y sobre todo disputan sus intereses.

En estas dos últimas características del libro, su tratamiento histórico y su construcción relacional, encontramos una señal que entendemos positiva a la hora de construir un abordaje histórico de las clases populares. Éstas posicionan al libro de Di Meglio en un lugar particular que lo aleja de los primeros relatos que entendían a la multitud y a su acción como irracional e impulsiva pero también de aquellas otras más cercanas temporalmente que de forma prejuiciosa atribuían un destino inequívoco para las clases populares y por tanto estudiaban los procesos históricos reales contrastándolos con ese supuesto destino para entender, en casi todos los casos, por qué no

se había producido lo que se entendía que debería haber pasado, o para decirlo en otras palabras, en qué se había fallado. De este modo, al estudiar lo que efectivamente ocurrió, con pulso microhistórico pero con preguntas amplias, crecen las posibilidades de interpretar las propias lógicas de acción o los intereses concretos que guían en numerosas ocasiones la agenda de las clases populares.

Justamente y para cerrar estas breves líneas, es destacable la pregunta que guía el final del libro cuando se repone la posibilidad de encontrar en la clase obrera argentina que se forjará posteriormente, una serie de líneas históricas que trascienden barreras que demarcaban las propuestas que entendían a los inmigrantes como el punto de partida. Al parecer, las prácticas previas de las clases populares conformaron también una experiencia que no merece descartarse ante la llegada de los inmigrantes sino que ocupará un lugar, secundario en muchos casos, pero un lugar al fin en las nuevas prácticas de las clases populares en la Argentina de masas.

Fernando Gómez
(UBA-CONICET)

A propósito de Ezequiel Adamovsky, **Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2003, Tomo II, Buenos Aires, Sudamericana, 492 pp.**

Historia de las clases populares en la Argentina es una extrañeza en un campo disciplinar poco acostumbrado a emprendimientos que se salgan de los marcos de las monografías y las compilaciones, algo que comparte con los demás títulos de la colección “Historia Argentina”. Asimismo, que las protagonistas de sus más de cuatrocientas páginas sean las clases populares agrega un plus a aquella grata extrañeza. Por si esto fuera poco, el libro se caracteriza por una prosa fluida que prescinde por completo de citas y referencias bibliográficas, como un gesto para seducir a lectores/as no moldeados/as por el oficio de historiador/a.

Una primera advertencia: el libro reseñado es la segunda parte de una historia que, lejos de haber comenzado en la década del ochenta del siglo XIX, se remonta a los primeros años del siglo XVI. Pensado en un comienzo como un libro en coautoría, la acumulación de páginas terminó perfilando dos tomos, el primero de los cuales estuvo a cargo de Gabriel Di Meglio. Cada uno de los volúmenes muestra las mar-